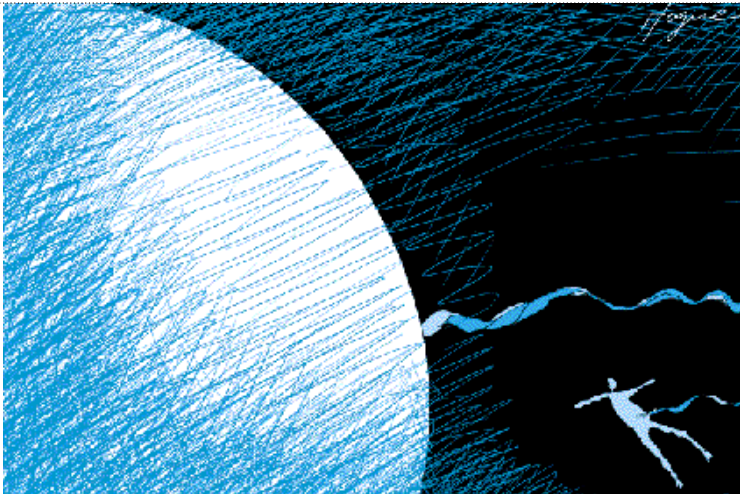


la columna DE RAMÓN DÍAZ

SOBRE ESTO Y AQUELLO

Con el pensamiento aún clavado en la tragedia de Nueva York, y acosado siempre por el enigma que la rodea, acudo a un volumen de cuyo título me he apropiado para poner el de este artículo. Lo que no pueden explicarme los hechos mismos a la luz de la razón, ni cuánto me haya exprimido el magín para volver inteligibles sus móviles, ¿quién sabe si en algún grado no sea posible avanzar algo hacia la claridad—hasta la penumbra, aunque más no fuere—gracias al concepto de civilización, y de colisión de dos de ellas?

El libro a que me referí, cuyo título he revelado, fue escrito por Samuel P. Huntington, y contiene



Las “líneas de falla” en el mundo entero que parecen más marcadas son entre pueblos islámicos y no islámicos

Choque de civilizaciones

un sub-capítulo sobre “El Islam y el Occidente”. ¿Será—me dije al reabrir sus páginas— que lo que se negaba a desvelar su sentido en términos de choque entre estados, o entre partidos, o entre sectas, se muestra más accesible si el enfrentamiento a que aludimos se produzca entre civilizaciones? Tal vez valga la pena probar.

Pero, eso de las civilizaciones, ¿de qué se trata? Por de pronto, no debemos demorar en disipar una ambigüedad que la palabra suscita. Hay una acepción de la palabra que no admite plural, y que se contrapone al barbarismo. Hay civilización, en este sentido, cuando la gente se trata con civilidad, con urbanidad (voces ambas derivadas de civitas y urbs, ciudad en latín) o, al ámbito francés, de cuya ilustración proviene el concepto, con politesse, cuya derivación del griego polis es ostensible; mientras que los consiguientes refinamientos son desconocidos para los rústicos habitantes de las aldeas o del mero campo. Naturalmente, la elegancia de las maneras se combinaba con una elevada cultura en términos generales.

Pasemos a la restante acepción de “civilización” que, sin carecer de

vínculos con la anterior, difiere nitidamente de ella, y es la que en nuestro contexto resulta de interés. Tal vez el primer historiador que ubicó a las civilizaciones en un lugar central de su obra fue Arnold Toynbee, y ello hasta el punto de afirmar que son las civilizaciones, y no los estados, ni cualquier otro agregado humano, el legítimo objeto de estudio para la historia. Para él una civilización está provista de un apreciable grado de cultura y reúne otras características que serían demasiado largas de explicar. Carroll Quigley da una definición inicial muy sencilla, que alcanza para nuestros propósitos: una sociedad “productora” (por oposición a “parásita”) que tiene ciudades y conoce la escritura. Las civilizaciones se distinguen de las sociedades primitivas, que son mucho menos duraderas. El número de éstas se cuenta por centenares, mientras que, de acuerdo con Toynbee, las civilizaciones han sido sólo veintiuna, y otros autores que reconocen un número aun menor. Para Toynbee la ciencia histórica consiste esencialmente en estudiar las leyes que rigen su evolución, desde su nacimiento hasta su muerte. La mayoría de las socieda-

des civilizadas que se han gestado se hallan ya extintas. Pero la Occidental y la Islámica siguen vivas, incluso plenas de vitalidad.

Para Huntington las civilizaciones representan el último grado de las tribus humanas. Más allá de los estados. Vale decir que, si queremos averiguar qué agregado humano genera más solidaridad en todo sentido—tanto para la ayuda como para la venganza— es hacia las civilizaciones que debemos dirigirnos. Las alianzas de la guerra fría, expresa el autor, probablemente se atenuarán o disolverán. La lealtad de la gente está revirtiendo hacia los agregados humanos mayores, con su identidad centrada, más bien que geográfica o políticamente, en la cultura. En el tiempo actual los conflictos tienden a producirse a través de las “líneas de falla” (que, en sentido geológico, metafóricamente se refiere a las discontinuidades culturales), y las líneas de falla en el mundo entero que parecen más marcadas son entre pueblos islámicos y no islámicos. Las contiendas tienden a ser los mismos que la historia insistentemente nos exhibe—por ejemplo entre estados— pero las diferencias culturales tienden a

exacerbar el enfrentamiento. Por otra parte, los contendores procuran acercar a sus filas a sus socios culturales. Las probabilidades de escalada de tales diferendos, por tanto, se multiplican.

Pero, ¿existen realmente confrontaciones auténticas entre el Islam, como tal, en toda la amplitud del concepto, por una parte, y la sociedad occidental por la otra? En 1997 Huntington escribía: “Algunos occidentales, entre ellos el presidente Bill Clinton, han sostenido que Occidente no tiene problemas con el Islam, sino sólo con musulmanes extremistas.” En un primer momento parece que tuvieron razón: los acontecimientos del 11 de setiembre, que podría ser el paradigma de la lucha entre las dos civilizaciones, no es de ninguna manera generalizable. Pero Huntington, naturalmente antes de esta reciente experiencia, en apariencia confirmatoria de aquella localización del enfrentamiento en el extremo militante del contacto entre las dos civilizaciones, afirmaba que “catorce siglos de historia muestran lo contrario.” Lo decía rememorando la gran expansión musulmana desde principios del

siglo VII hasta mediados del VIII, que le reportó a la media luna la conquista de África del Norte, la Península Ibérica, el Oriente Medio, Persia y la India del Norte. A lo que cabría agregar que Occidente se salva apenas de caer en manos del Islam en Poitiers, en 732, y en Viena en 1529, y durante centurias tiene que hurgar los libros árabes en busca de su propia herencia cultural. En el siglo XI Occidente se lanza al esfuerzo reconquistador conocido como las Cruzadas, pero sus éxitos resultan efímeros. Ello permite a Bernard Lewis afirmar: “Durante cerca de mil años, desde el primer desembarco de los moros en España hasta el segundo sitio de Viena por los turcos, Europa vivió bajo la constante amenaza del Islam. Y el propio Huntington: “El conflicto del siglo XX entre la democracia liberal y el marxismo leninismo no es más que un fenómeno histórico superficial y pasajero en comparación con la relación profundamente conflictual y perenne entre el Islam y la Cristiandad.

El retroceso del colonialismo ha promovido, después de la segunda guerra mundial y del colapso del Imperio Soviético, la autonomía de gran número de sociedades islámicas. En alta proporción ellas miran con resentimiento a Occidente, cuyo esfuerzo para universalizar sus valores e instituciones, a la vez que interferir en sus conflictos, exaltan su animosidad. Naturalmente, un acto de insanía como el del 11 de setiembre desafía toda explicación, pero tampoco es posible pensar que los fundamentalistas y los fanáticos habitaban espiritualmente burbujas inconexas con la realidad de la civilización que los nutre culturalmente. Chesterton, hablando cierta vez de la herejía, decía algo así como que era una idea razonable salida de contexto, y por ello, sin referencias, enloquecida. Pues bien, la idea que tal vez haya precipitado el infame ataque de días atrás tenga que ver con el ansia de demostrar que la inferioridad que el Islam ha padecido por siglos no ha extinguido las semillas de grandeza que otrora florecieron en su seno. Sentimiento válido para inspirar el esfuerzo capaz de poner en marcha una recuperación cultural. Y que, al mismo tiempo, salida de madre, cortadas las amarras con el sentido común, quizá pudo conducir a la locura. No sé si éste será el tiempo de entender, ni si estas reflexiones podrán ser de algún provecho; pero yo creo que al enemigo, al tiempo de combatirlo, también hay que intentar comprenderlo.